

La Palabra árabe¹

(Autor: Moncef Chelli)

Filosofía del lenguaje

Hemos de comenzar este trabajo con un meticuloso análisis de la lengua árabe; ello no supondría ningún problema, si fuese dirigido a lingüistas o arabistas de forma exclusiva, pero se trata aquí de filosofía. Profundizar en la revolución copernicana, proporcionar a cada uno mayor sentido de sí mismo, mayor conciencia de lo que es, tal es nuestro objetivo, y ello ha sido siempre el sentido de la filosofía: impulsar hacia adelante la aventura del conocimiento, instaurar la armonía entre los hombres, atenuando el recelo hacia lo extraño que Platón atribuye a los perros de guardia. Pero, ¿es necesario explorar lenguas desconocidas para proseguir la obra filosófica? Nuestra reflexión no es una moda. No practicamos esa lingüística que permite a tantos literatos entregarse de buena gana y escoger una disciplina cuya materia es fácil de delimitar. Tampoco se trata de los métodos científicos que se aplican a una realidad creando la ilusión de haber sido definida antes que ellos. Creemos por nuestra parte que si el cientifismo invade las letras pronto no habrá más letras; el manejo creativo del lenguaje supera el método porque lo engendra.

Estamos realmente obligados a analizar la lengua árabe porque muchas de las afirmaciones que se aceptan como verdaderas destilan evidencias inmediatas propias de las lenguas occidentales. Nuestro propósito no es enseñar la lengua árabe, sino simplemente llamar la atención sobre la misma lengua que practica el lector, y demostrar que el pensamiento y la estructura del yo están condicionadas por características demasiado evidentes para ser sustituidas. Pedimos al lector la necesaria atención a las maneras extrañas e inéditas para él, que le permitirán reflexionar sobre aquello a lo que no atiende en su lengua y que reencuentra, desgraciadamente, en consecuencias y conclusiones lejanas a su análisis bajo las formas engañosas de una verdad independiente de la palabra, cuando se trata de premisas de una cierta manera de hablar. No dudamos que Kant hubiera utilizado este método si hubiera sabido una lengua perteneciente a un sistema diferente al suyo, en la que hubiese podido pensar inmediatamente; en efecto, no se puede llevar a su término el proyecto de crítica de la razón sin esta condición. Pero este trabajo se dirige también al lector árabe que percibirá cómo la lengua puede pesar sobre su pensamiento y actividad, pudiendo deducir de ello métodos más seguros para aclimatarse a un mundo y a una ciencia radicalmente diferentes a los de Avicena.

.....Vemos, pues, que no es a la ligera que pedimos al lector que nos siga en la exploración de la lengua árabe; la filosofía ha realizado todo el desarrollo del que es susceptible en el cuadro de la creencia en la transparencia del lenguaje y la independencia del sujeto hablante en relación a él, pero pensamos que es capaz de conocer un retoño de vitalidad por poco que salga de ese cuadro. En lugar de dejarnos arrebatar por el señuelo del sujeto necesario que utiliza el lenguaje para servir sus diferentes necesidades, debemos ahora considerar el sujeto pensante como una finalidad de la vida realizada por medio del lenguaje. De esta manera, esperamos no solamente abrir nuevos campos de investigación para la filosofía, sino también contribuir a eliminar uno de los motivos de mala inteligencia y animosidad más frecuentes entre los pueblos y una de las raíces más profundas del racismo, una raíz consubstancial al tema y cuyos signos hemos tenido frecuentemente la amargura de

¹ Revista Alif-Nun, Número 6, Junio 2002, Publicada Por Librería Mundo Árabe, Madrid, España, ISSN 1695-1751, Disponible en Internet en <http://www.librería-mundoarabe.com>

reconocer en hombres muy tolerantes y muy abiertos, e incluso a veces en hombres que han hecho mucho en la lucha contra el racismo.

Si algo ha impresionado a los biólogos es la riqueza de la vida que no se detiene en sus formas más logradas, la más duradera, mas bien se comporta como si la multiplicidad fuese un bien en sí misma. Si ciertamente las lenguas son una obra de la vida, puede esperarse de ella que multiplique los géneros y las especies y prosiga infatigablemente en el seno de cada género sus tanteos, sus progresos y sus mutaciones. Cada especie se presentará como una totalidad equilibrada donde el todo precede a las partes, donde cada detalle, por minucioso que sea, se explica en función de una conformación de conjunto. Por ello es difícil comparar esas totalidades: la diferencia entre los elementos no tiene significación más que en tanto cada elemento con sus características diferenciales es representativo de un todo en el que se integra; en cuanto a la diferencia de las totalidades no ofrece asidero al análisis más que si se la considera a partir de los detalles sucesivamente comparados.

La comparación de la lengua árabe con las lenguas occidentales presenta para nosotros la misma dificultad. Se trata de conjuntos orgánicos que no tienen interés para este estudio, mas que en tanto funcionan para dar nacimiento a una representación homogénea de la personalidad y a una forma de actitud viable, no obstante debemos emprender la comparación a partir de un cierto número de elementos particularmente característicos. Tomaremos, pues, la precaución de apuntar hacia la totalidad a través de cada una de las comparaciones elementales, desbordar las diferencias que hemos escogido para mostrar que suponen o implican otras diferencias, finalmente recortar sus diferencias entre ellas para mostrar que se implican mutuamente.

Por otra parte se comprenderá fácilmente que esta investigación y esta puesta en evidencia del carácter orgánico sea preciosa para nosotros, pues permite al lector no especializado, que nos presta confianza por los hechos mismos, ejercer su espíritu crítico y verificar la consistencia de lo que avanzamos; nos permite, por otra parte, verificar que no nos desviamos de nuestro proyecto y que no dejamos curso libre a una fantasía pronta a sustituir con sus problemas aquellos que la sobrepasan, a reflexionar sobre el sí constituido y familiar más que sobre las condiciones que la desbordan y de la que han formado la representación.

La ausencia de las vocales

No hay vocales en árabe, pero los orientalistas han traducido el término "*hárah*" empleado por los gramáticos árabes que significa "movimiento", por la palabra vocal, de donde procede un equívoco que ahora debemos eliminar, estando hoy muchos estudiosos del árabe convencidos de que las "*Harakát*" o movimientos son idénticos o al menos asimilables a las vocales. Antes de reflexionar sobre la ausencia de las vocales, debemos establecer nuestra proposición y demostrar que los "movimientos" son profundamente diferentes de las vocales.

Observaremos, en primer lugar, que los orientalistas pronuncian efectivamente los movimientos como si se tratase de vocales y ahí está uno de los orígenes de su acento tan fácil de reconocer y de imitar; cuando son pronunciados los movimientos como si fuesen vocales, se deforma la palabra árabe, se la articula en sílabas y se despoja así a la lengua de su espíritu propio.

Observaremos a continuación que las vocales no son representadas en árabe salvo por signos situados encima o debajo de las letras y reservadas a los niños que

aprenden a deletrear y que un libro, para uso de adultos, no contiene ninguna vocal; esto se comprende por otra parte cuando se considera que el movimiento no forma parte integrante de la palabra, se pueden mover la misma palabra de varias maneras radicalmente diferentes, conjugándola o declinándola, sin cambiar la significación; se dirá "*daraba*" -él golpea-, se ha conservado el sentido y cambiado todos los movimientos, ninguno ha sido fijado a la palabra. Decir por otra parte que se han cambiado los movimientos no es exacto, en realidad se ha movido la palabra de una manera diferente. Sólo las consonantes son significativas de un sentido dado y esas consonantes no pueden ser pronunciadas solas; según se las pronuncia en una relación gramatical o bien en otra es necesario moverlas con movimientos diferentes.

Nos persuadiremos de que se trata de movimientos diferentes de las vocales en el momento en que hayamos considerado que los gramáticos árabes oponen a las "*harakát*" el "*sukún*" que significa literalmente: "la detención" que los niños colocan sobre la letra que detiene el movimiento de la palabra, que se pronuncia apuradamente, sin moverla. Naturalmente una palabra no puede jamás comenzar por una consonante afectada por la detención, se puede detener un movimiento para reemprenderlo a continuación, pero es imposible comenzar por una detención.

Finalmente, observaremos que es imposible pronunciar los movimientos árabes, en el tono que es suyo, solos; cuando se intenta, se sustituye el sonido característico del árabe por otro que es el de las vocales occidentales. Para reseñar esos movimientos, se sirve de ordinario de una consonante cuyo equivalente no existe en las lenguas occidentales, pero que es considerada como consonante tanto por los orientistas como por los gramáticos árabes y que se llama el "*hamz*"; es una consonante que no es ni dental, ni labial, ni palatal, sino que se obtiene gracias a una oclusión de la faringe, oclusión que puede ser movida y modulada, por los movimientos. Así, ni los movimientos pueden ser pronunciados sin consonantes, ni las consonantes articuladas sin los movimientos.

Pero, para mejor percibir la diferencia entre vocales y movimientos, describamos la producción de un vocablo que comporte vocales y aquella de un vocablo animado por movimientos. En la producción de una sílaba, el occidental opera en dos tiempos: el primer tiempo es silencioso; dispone sus labios, sus dientes o bien su lengua sobre su paladar de la manera que convenga a la consonante que encara y que todavía no produce. Construye una especie de obstáculo material inerte, a veces muy hábil, pues prefigura lo que será la tonalidad de la vocal que seguirá a la consonante, así la disposición de la lengua y de los labios para pronunciar la "l" de "leche" es diferente a la realizada por la "l" de "palacio". El segundo tiempo es sonoro, el occidental pronuncia esta vez la vocal que sigue a la consonante preparada; el aire vibra, que él entonces expulsa, encuentra el obstáculo inerte que le ha sido opuesto y es demolido en su empuje, es el ruido de la caída de ese obstáculo lo que es la consonante. Así, puesto que el primer tiempo es silencioso, el occidental comienza siempre la fase sonora por la producción de la vocal, mientras, es la consonante lo que se escucha antes pues la vocal no explota al aire libre mas que después de haber demolido el obstáculo que le ha sido opuesto. Se trata realmente de una maquinación: se confunde el primer tiempo preparado y que era silencioso, con el primer sonido que es en realidad segundo en el orden de la producción sonora, y se tiene la impresión de haber producido las letras en el orden en que se presentan en la escritura, pero a un mismo tiempo no nos podemos defender contra la impresión de un cierto desapego mágico del vocablo producido por la mecánica de su producción; el encanto que se apodera de nosotros al oír a ciertos actores como P. Fresnay proviene de la maestría perfecta que han adquirido en el desapego de los dos tiempos que acabamos de distinguir, maestría que no es igual en todos, con toda seguridad, pero que está inscrita como un sentido de evolución y de progreso en el genio de las lenguas

occidentales por la aparición misma de la vocal como letra independiente y formando parte del cuerpo fijo del significante.

Bien diferente es la producción del vocablo por el árabe: ahí aún recaemos en la dialéctica y en el origen del movimiento encontramos la oposición, pero se trata de una dialéctica diferente, esta vez ya no hay dos tiempos separados sino dos movimientos simultáneos y opuesto: el primer movimiento comporta un obstáculo vivo contra el aire vibrante que acaba de ser expulsado, ya no se trata de un obstáculo material inerte, sino de una resistencia viva de la lengua y de los labios que ceden el terreno, paso a paso, dando a la consonante una especie de amplitud, puesto que tiene un punto de comienzo y un punto de terminación, entre los cuales se extiende su sonoridad e incluso la modulación, no se trata pues de una simple repetición como en la “r” castellana. Podemos, por otro lado, reencontrar esta amplitud en el recorrido de los labios el uno contra el otro o bien de la lengua contra el paladar en la producción de cada consonante. El segundo movimiento es el de aire vibrante que lleva su ofensiva contra el obstáculo de carne que encuentra, pero esta vez la resistencia no es puramente material y el edificio no se desploma de un solo golpe, el aire, al contrario, debe avanzar haciendo plegarse y retroceder a la fuerza adversa hasta consumirla. Así, la “vocal” árabe a la que hemos llamado “movimiento” se realiza en verdadero despliegue, ya no se trata de una fuerza material determinada que abate un obstáculo material sabiamente construido, se trata de una actividad viva minuciosamente dosificada en cada uno de los movimientos de su despliegue, para llevarla a la actividad adversa que no se determina de un golpe sino que debe, en cada uno de los momentos de su recorrido, producir la fuerza que es necesaria para retroceder de un punto sin ceder completamente y desmoronarse. Todo pasa como si el acto de la palabra árabe consistiera en cumplir cada una de las letras que componen el discurso, mientras que las sílabas de la palabra occidental serían un “prefabricado” (obtenido sin duda en las experiencias anteriores de la vida) del cual se compone el actual discurso. Hablar árabe es realizar el discurso en sus elementos más ínfimos, hablar occidental es componer el discurso a partir de elementos de los que ya se dispone. El araboparlante puede mover una misma palabra de diez formas diferentes y añadirle la misma cantidad de tonalidades, el occidental debe utilizar adjetivos, los elementos de los que se compone el vocablo mismo son fijos, no pueden ser modulados.

.....En primer lugar se notará que el occidental realiza el signo vocal por artificios y remedos, no confunde el objeto vocal a producir y la operación vocal que conduce hacia él; esta separación entre el fin y los medios dota a la conciencia de un retroceso en relación a uno y a los otros y le permite contemplar de alguna forma su acción y el objeto hacia el que se dirige; la vocal permite a la conciencia occidental interponer una distancia entre ella misma y el signo que utiliza, y aún más entre ella misma y aquello que el signo evoca, esa distancia le permite no confundirse con lo representado sino “tenerlo”; inversamente, el araboparlante no separa la operación de la producción del objeto producido, se le podría comparar a un dibujante que reprodujera la configuración que una serpiente ha dejado imitando el movimiento que la serpiente ha efectuado, situándose en la duración en la que las cosas se producen y no considerando el espacio donde el efecto del acto se fija. Nosotros no retomamos aquí la imagen empleada por J.J. Rousseau tanto en el “Emilio” como en el “Discurso sobre el origen de las lenguas”, la de un discurso primitivo cantado, modulado y en cierta manera danzando; las imágenes occidentales se refieren a un mundo enteramente fijado por el discurso y sus premisas del que es muy difícil salir; observaremos en efecto que la modulación, -aquella en la que las nodrizas, según Rousseau, se dirigen a sus críos de diversas nacionalidades -puede efectuarse por el intermediario de vocales puras y que el danzante occidental consumado separa netamente la figura que dibuja y los artificios musculares por los que la produce, su evolución es más graciosa y aérea en tanto la separación es más clara y el artificio

más sabio y hábil; sin llegar hasta la danza, evocaremos a una comediante que decía que para mover armoniosamente un miriñaque era necesario dar a las piernas ocultas los pasos más inverosímiles y más faltos de gracia. Vemos que no se comprenderá mejor la articulación occidental por una referencia a otra actividad occidental, hay todas las probabilidades de que la producción de una personalidad homogénea exija que los mismos artificios se encuentren en todas las actividades. Expresaremos, pues, con exactitud la diferencia entre la fonación occidental y la fonación árabe diciendo que el sujeto occidental despliega el signo delante de sí y lo ofrece de alguna manera a su conciencia mientras que el sujeto arabófono se despliega él mismo según la configuración diacrónica del vocablo; anteriormente ya hemos anotado que el occidental utiliza fuerzas materializadas y fijadas cuando el arabófono utiliza fuerzas vivas que no se pueden detener en un punto sin tomar la tangente y que varían o son susceptibles de varias según los desplazamientos infinitesimales de la duración, pues sabemos que la conciencia tiene necesidad de detener los momentos para dominarlos y combinar su acción, sólo la vida tiene el poder de dar nacimiento a una duración con sus meandros infinitesimales.

.....Pero, he aquí, se dirá, que contradice la esencia misma del lenguaje: si la palabra se confunde con su realización, si no tiene otra existencia que su efectuación que es pasajera, ¿cómo se la puede reconocer?, ¿según qué esquema podemos reproducirla?, y finalmente ¿cómo podemos fijar una idea en sonidos que no han sido ellos mismos fijados? Para responder a estas cuestiones, observaremos que el artificio reproduce objetos fijados por la conciencia pero que la naturaleza adquiere la potencia de reproducir los objetos para la conciencia. El niño que aprende una recitación de memoria se contenta con repetirla, hasta el momento en que se toma la costumbre y las palabras se devanan solas sin que la conciencia tenga que intervenir, y las palabras se devanan tanto mejor cuando la fe en el nuevo poder adquirido es más grande y la tentación de hacer intervenir la conciencia más débil. Puede ser opuesta esta manera de aprender a la del adulto que fija relaciones, subraya proposiciones y da a su conciencia hilos conductores que le permitirán de forma inmediata reproducir materialmente un texto que su espíritu ha fijado con antelación. Se dirá que la recitación adquirida de esta última manera es fijada por la conciencia, pero la recitación adquirida de la primera manera es infraconsciente, ha sido fijada por la vida misma que puede desarrollarla bajo la mirada de la conciencia; reencontramos aquí ese poder misterioso de la vida de existir en germen antes de desarrollarse y actualizarse. Diremos que el vocablo árabe, exactamente como la recitación del niño, es fijado bajo la forma de una potencia que se desarrolla ella misma cada vez que la necesidad se hacen sentir, que se reconoce porque se es capaz de desarrollarla, que lleva su sentido en sí misma porque su desarrollo es una manera de ser del sujeto.

Es hora ya de colocar ante los ojos del lector en un cuadro de conjunto los caracteres distintivos del vocablo realizado por la vocal y aquellos del vocablo animado por el "movimiento".

Lenguas occidentales

La vocal:

- 1.- Por la vocal el objeto sonoro se separa del acto que lo produce.
- 2.- Gracias a la vocal el objeto sonoro se instala bajo la mirada de la conciencia.
- 3.- Por la vocal el vocablo se convierte en un signo transparente que designa un objeto exterior.
- 4.- Por la vocal el signo parece tener una existencia ideal que sirve de esquema y modelo director a sus diferentes reproducciones.

Lengua árabe

El movimiento:

1.- Por el movimiento el sonido y el acto son las dos caras indisolubles de una misma realidad.

2.- La conciencia kinestésica no se disocia de su objeto, pero ese objeto presenta su relieve hacia el exterior; el sentimiento de sí en el vocablo no excluye que ese vocablo tenga una cara exterior vuelta hacia el otro.

3.- El vocablo movido es suficiente en sí mismo, no reenvía al mundo, lo dobla con una realidad significativa que le corresponde.

4.- El vocablo movido no tiene existencia ideal, está fijado, no bajo la forma de un acto, sino de una potencia que, en lugar de implicar la conciencia, la precede.

Pero el lector atento ya ha percibido que cada uno de los cuatro caracteres enunciados implica los otros tres, puede que haya comenzado a entrever que la vocal es un artificio muy ingenioso por el cual la conciencia se convierte en productora y dominadora del lenguaje que en otros sistemas le daba nacimiento. Pero lo que ha sido considerado en este primer capítulo es la inversión del signo vocalizado al vocablo animado, veremos en los capítulos que siguen que esa inversión es un fenómeno importante que supone otros artificios.

Quien desee leer el texto completo puede visitar los siguientes vínculos:

http://www.webislam.com/00_9/Artículos%2000_9/ Palabra_arabe.htm

http://www.webislam.com/00_9/Artículos%2000_9/ Palabra_arabe2.htm